

PENSAR CON LA IGLESIA DESPUES DEL VATICANO II

Los Ejercicios espirituales se redactaron no para leerlos sino para hacerlos. El texto es fruto de la experiencia de una persona, Ignacio, y se ofrecen como un camino para comunicarse con Dios. Conducen a un encuentro personal con libertad de espíritu, señalando el camino a seguir, y advirtiendo de los obstáculos y de los resultados que no llevan a ninguna parte. Los Ejercicios ayudan a lograr la verdadera libertad en Dios, a través de un texto bien organizado en semanas y días, preludios y puntos, exámenes y repeticiones. A este texto se añaden varias reglas, sobre el discernimiento, distribución de limosnas, maneras de afrontar los escrúpulos, y de pensar, juzgar y sentir con la Iglesia.

¿Son estas reglas parte del texto, o se deja al director el usarlas o no usarlas? No cabe la duda en el caso de las reglas sobre el discernimiento. No está tan claro el caso de las reglas sobre los escrúpulos o sobre limosnas, que no tienen una aplicación tan general, aunque son importantes. Las opiniones son menos unánimes en el caso de las reglas para sentir con la Iglesia. Los especialistas están de acuerdo en que fueron redactadas más tarde por Ignacio, parte en París y parte en Roma. El contexto parece no concuerda con la época. Ignacio se refiere claramente a la Iglesia del siglo XVI, amenazada por el humanismo y el Protestantismo. Intenta ayudar a los que se encuentran sumergidos en

una situación humillante y sin horizontes.

Y sin embargo la frase “*sentire cum Ecclesia*” es de las más conocidas en los Ejercicios. En esta charla pretendo demostrar que estas reglas son importantes para la Vida de la Iglesia del Segundo Concilio Vaticano, como lo fueron para la Iglesia del Concilio de Trento. Las reglas son parte integral del movimiento de los Ejercicios.

Dios “se hizo hombre para salvar al género humano” [102], de tal modo nuestro seguimiento de Dios, nuestra espiritualidad, debe encarnarse particularmente en “cualquier estado de vida que Dios Nuestro Señor nos diere para elegir” [135, 2]. Y debe vivirse en unión con la esposa de su Hijo, la Iglesia, mediante la cual nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas [365, 2]. Ignacio, que define la espiritualidad como servicio — “mayor servicio”— utiliza la imagen de la esposa para describir la relación entre Cristo y la Iglesia. Nosotros por nuestra parte “debemos

*la Iglesia como un todo,
del cual nada puede ser
ignorado: ni su
jerarquía eclesiástica ni
el resto de sus
miembros,...*

tener ánimo aparejado y prompto para obedecer en todo a la vera sposa de Christo Nuestro Señor, que es la nuestra sancta Madre Iglesia Hierárquica” [353]. El amor a Cristo conlleva el amor a la Iglesia y se debe expresar en actos concretos. Unión de amor con Dios, son las últimas palabras de las reglas para sentir con la Iglesia, y las últimas palabras de los mismos Ejercicios. Ese amor no puede vivirse con independencia de la iglesia.

Como todos los demás dones, la Iglesia descende del cielo, de arriba [237], y está ligada esencialmente al misterio de la Encarnación, la entrega total que hace Cristo de sí mismo. Esa es la fe de Ignacio. En su descripción del pueblo de Dios en estas reglas, Ignacio no considera al pueblo como perfecto y sin falta. Se refiere a la murmuración y a los que hablan mal de los superiores, temporales o espirituales, a la mala conducta, al abandono de las buenas obras y de otros medios de salvación, pérdida de celo, y un juicio pesimista de la vida que se expresa en la frase “lo que yo haga no variará nada mi fin” [367].

Ignacio tiene una visión no idealista de la humanidad. Su Iglesia se compone de gentes que son fuertes y débiles, santos y pecadores. Son los elegidos de Dios, reunidos en la Iglesia, don de arriba, y entregada como esposa a su Hijo [365]. Todo viene de arriba, pero después de la Encarnación todo tiene vida aquí abajo. Esta Iglesia, recibida de arriba graciosamente, y presente de forma clara en el mundo, es, en palabras de Ignacio “nuestra sancta Madre Iglesia Hierárquica” [353]. Los traductores añaden “ortodoxa y católica” que no están en el texto autógrafa, aunque quizás estén en el texto que ustedes usan.

Debemos tener cuidado de no entender mal a Ignacio cuando habla de la “Iglesia Jerárquica”. No pretende referirse al mundo de papas y obispos, eclesiásticos y clérigos. Parece que Ignacio fue uno de los primeros en considerar a la Iglesia Jerárquica como iglesia de *mediación*. La gracia divina que se da al mundo, se mide para cada creyente, de nivel alto o bajo, según su vida y lugar [189]. Cada persona, como miembro de la Iglesia, ejerce sus responsabilidades en el trabajo de la salvación. Así la idea que Ignacio tiene de la Iglesia es de un cuerpo con cabeza y miembros, cada parte haciendo su propio papel según la voluntad de Dios. La cabeza no puede decir a los pies: “no os necesito”. ¿Sufre una parte del cuerpo? las otras partes sufren también con ella. ¿Se honra a una persona? Las demás partes participan del gozo [Cfr 1 Cor 12: 18-26]. Ignacio considera a la Iglesia como un todo, del cual nada puede ser ignorado: ni su jerarquía eclesiástica ni el resto de sus miembros, ni su expresión carismática, ni su disciplina canónica, ni su santidad ni su condición de pecadora.

*...ni su expresión
carismática, ni su
disciplina canónica,
ni su santidad ni su
condición de pecadora*

Nuestra santa Madre la Iglesia es fuente de vida. Nuestra actitud respecto a ella es de fe, que nos capacita para ver más allá de lo inmediato con una sensibilidad de corazón para apreciar lo que es verdadero y justo. En la meditación de las Dos banderas. Ignacio presenta a la Iglesia como un conjunto de personas: apóstoles, discípulos, siervos y amigos, enviados por el Señor a todo el mundo para “esparcer su sagrada doctrina” [145].

Sin haber desarrollado en su toda su vida, una completa y propia eclesiología, Ignacio propone algunas sugerencias para vivir la aventura espiritual de los Ejercicios en completa libertad, dentro de la Iglesia militante y jerárquica. Nos invita a vivir una vida, libre, al parecer imposible, siguiendo la llamada personal a abrazar la voluntad del Creador por amor, porque Él nos muestra el camino que nos capacita para servirle mejor en el futuro [15].

I

Pero volvamos ahora al texto de las reglas. Al final de los Ejercicios, Ignacio propone estas reglas para desarrollar una actitud sincera respecto a la Iglesia militante, invitándonos a considerar respetuosamente todo tipo de prácticas litúrgicas y piadosas, y a aceptar totalmente los preceptos doctrinales y disciplinares. Ignacio es consciente de la aparente oposición entre la libertad espiritual, que los Ejercicios nos ayudan a alcanzar, y la obediencia debida a la Iglesia. Él había experimentado en si mismo la dificultad de reconciliar esos dos elementos, pero no ve que el obstáculo para reconciliarlos sea insuperable, porque “entre Christo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas” [365].

En este contexto, Ignacio afirma que debemos alabar no sólo a Dios —para ese fin son creados los seres humanos [23]— sino también las prácticas de la Iglesia, algunas de las cuales eran objeto de controversia. Ocho de las reglas comienzan con la palabra “alabar” [354-361]. Una regla nos invita a alabar decididamente la vida religiosa, y menos el matrimonio [356]. Otra declara que debemos alabar “cantos, salmos y largas oraciones en la iglesia y fuera della” [355]. En la última de estas ocho reglas, Ignacio dice que debemos tener el ánimo pronto para buscar razones en defensa de los preceptos de la Iglesia [361].

Permitan les diga que “alabar” aquí no quiere necesariamente decir que debemos adoptar las prácticas que él menciona. Ya sabemos que Ignacio puso fuertes límites a esas prácticas por parte de los miembros de la Compañía de Jesús. Lo que él realmente deplora es la tendencia a atacarlas y ridiculizarlas. Un representante de esa tendencia era Desiderio

Erasmus, que murió en 1536. Él y sus discípulos no eran herejes. Participaban con Ignacio de una fe firme en Cristo y de un enfoque contemplativo de los Evangelios. Pero una lectura del *Enchiridion* de Erasmo manifiesta una actitud negativa y crítica, que es contraria a la manera de pensar que Ignacio había adquirido en sus experiencias. En la anotación sexta, Ignacio manifiesta su preocupación por el ejercitante “al que no le vienen nociones espirituales...ni es agitado de varios spíritus” [6, 1]. Esto describe a Erasmo, hombre no verda-deramente piadoso, que nunca pasa por crisis religiosas profundas, y que nunca caminó por el camino de Emaus. La razón es que él concebía la vida típica del cristiano como área del entendimiento, tan elevado intelectualmente que no había necesidad de la liturgia, de las prácticas piadosas y de la vida consagrada. Acepta a la Iglesia en cuanto vive al nivel del Espíritu. La critica por muchas de sus manifestaciones humanas, especialmente por la debilidad y las flaquezas de sus líderes.

II

Ignacio tiene un concepto de la Iglesia “diametralmente opuesto” [325,6] al de Erasmo, y ello explica porqué prohibió la lectura de sus libros. Ignacio buscó “en todo acertar” [365, 1]. En sus reglas él fomenta alabar reliquias y penitencias [359], “edificios de iglesias” [360], y “todos preceptos de la Iglesia” [361].

Alabar es algo más que hermosos cánticos o hablar con bien cortadas frases. Lo esencial es la interna disposición de ausencia de egoísmo. La imagen bíblica de alabanza es la danza de David ante el Arca de la Alianza. David deja aparte su dignidad real y sus vestidos. Alabar es hacer reverencia a Dios y a las cosas sagradas de la Iglesia, en espíritu de acción de gracias por los dones recibidos.

No es suficiente para Ignacio que la persona que da los Ejercicios sea una persona de la Iglesia, o que el que los hace esté simplemente en armonía con “nuestra santa Madre la Iglesia Jerárquica” [170, 2]. Nuestra adhesión a la Iglesia debe ser fervorosa, porque ¿cómo podemos amar al Señor más intensamente, y distinguarnos en su total servicio si somos tibios y escépticos hacia su esposa?

Se podría argüir que esta pasión de Ignacio por todo lo que es eclesial, sobre todo su apoyo sin fisuras al Vicario de Cristo en la tierra, es como no querer ver de la realidad, con frecuencia bien lejos de ser gloriosa, que es causa de desánimo e incluso desesperanza para aquellos que están dispuestos a sufrir por la Iglesia, pero que no quieren aceptar el sufrimiento que les produce y por ello se distancian de ella. Algunos sufren porque sienten que la Iglesia no progresa como ellos desean — en la liturgia, o en quienes cuida, o en su opción por los pobres. Otros sufren porque sienten que la Iglesia ha abandonado muchos dones y gracias estimables. ¿Acaso no son de hecho, muchos de esos ardorosos seguidores de la Iglesia, soñadores que insisten en tener una Iglesia perfectamente reformada, de acuerdo con sus apasionados deseos, o que buscan a toda costa una iglesia que ya no puede rescatarse del pasado?

Entre ellos no está Ignacio. Él es realista. La Iglesia a la que él se refiere en su reglas incluye entre sus miembros a gentes que ocupan altos cargos, y cuyos hechos no son dinos de alabanza, que son culpables de mala conducta [362, 2, 4]. Su fe eclesial no se centra en esos aspectos negativos. Cree en un futuro, en el cual el que viene continúa trayendo la salvación. Una búsqueda en oración de una actitud positiva hacia la Iglesia no se encuentra entre los que viven en una supuesta perfección del pasado. Se manifiesta en la confianza de un nuevo comienzo, con frecuencia frágil y pequeño, pero no ilusorio. Así tenemos la renovación litúrgica, los nuevos descubrimientos de la Escritura, nuevos movimientos eclesiales, el ecumenismo, el diálogo interreligioso, la opción por los pobres, los Ejercicios de la vida Diaria, la promoción de los laicos, los sínodos y el Concilio. Es posible que estos modestos comienzos no atraigan tanto la atención como otros eventos de la Iglesia que saltan a los titulares de la prensa. Y sin embargo son promesas de un crecimiento “dulce, leve y suave”, “ como gota de agua entra en una esponja” [335,1]. No se trata de ser falsa o artificialmente optimista sobre la Iglesia. Hay mucho que alabar y que es motivo de alegría, si abrimos nuestros ojos a la realidad pascual, a todo el misterio de nuestra Madre, la Iglesia militante.

III

Después de exponer las siete reglas sobre alabar la presencia de Dios en la vida real de la Iglesia, Ignacio ofrece al menos otras cuatro que sugieren cómo debemos hablar sobre temas doctrinales con reserva, y usar la prudencia en nuestras afirmaciones sobre temas delicados como la fe y la gracia [366-369], no sea “que por mucho hablar de la fe y con mucha intensión, sin alguna distinción y declaración, no se de ocasión al pueblo para que en el obrar sea torpe y perezoso” [368]. La prudencia pide que nuestro hablar, incluso si es crítico, debe estar movido por el amor, basado en la fe, hacia lo que Dios ha hecho y está haciendo en el corazón de la Iglesia. Entonces, sin duda, presentaremos una doctrina más equilibrada e imparcial. Esto no nos impide decir la verdad, toda la verdad. Ignacio vivió en un época en la que el énfasis se ponía en ciertos aspectos doctrinales, como la gracia, las Escrituras, las obras o la tradición. En los Ejercicios Ignacio intenta evitar dar excesiva importancia o exagerar las cosas, y más bien intenta integrar los tres aspectos: Creador, la creación, los seres humanos creados [23], donde hay un intercambio y comunicación [230-231], y una unión de amor [370]. En los Ejercicios nos guía a través de la historia del pecado, del cual todos somos culpables, hasta la historia pascual del sufrimiento y resurrección de Cristo, y finalmente hasta el misterio nupcial de Cristo y su Iglesia, nuestra santa Madre, la Iglesia Católica, la Iglesia que dio su aprobación a los *Ejercicios*.

El ejercitador es testigo del encuentro del ejercitante con Cristo y lo acompaña en la elección, asegurándose que todo se hace conforme con la mente de nuestra Madre la Iglesia [170]. Después de su experiencia de los Ejercicios, que de por sí lo preparan a fondo, el ejercitante es llamado a vivir su relación con el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, unas veces en armonía, otras en desacuerdo. No es siempre fácil mantener el equilibrio. Ignacio nos presenta ejemplos, muy debatidos en su tiempo: aunque estemos ya elegidos, debemos cooperar en nuestro desarrollo espiritual [367]; no es suficiente creer, el Señor espera de nosotros actos que sean expresión de esa fe [368]; todo es gracia, pero el Señor nos ha dado libertad [369]. No sería difícil aportar ejemplos en nuestro tiempo, de posiciones unilaterales y proclamación de la Palabra, que tienden a alejarnos de la unión con la Iglesia, que nuestro Señor desea. Estamos

llamados a respetar la conciencia de los demás, llamados a vivir en un mundo religioso pluralista, enfrentados a problemas, que los teólogos interpretan de formas diversas. Son suficientes para que guardemos silencio. Pero para Ignacio, una auténtica actitud hacia la Iglesia militante requiere de nosotros que no sólo alabemos a Dios por lo que hace en su Iglesia, sino que, según lo pida la ocasión, hablemos como miembros de esa Iglesia. Como dice San Pablo [2 Co 3,5], sin el Espíritu nuestra palabra es vana e inútil, pero sin nuestra palabra el Espíritu no tiene voz.

Los Ejercicios no tienen como objetivo llevarnos hacia una espiritualidad desencarnada y pasiva. Más bien disponen al ejercitante para servir en la Iglesia militante alabando a Dios por el don de esa Iglesia y proclamando la Buena Noticia, que fomenta el amor a esa Iglesia. No se trata de ignorar las situaciones de crisis en la Iglesia. Es verdad que cuando se encontraba con los escándalos de su tiempo, Ignacio prefería guardar silencio [siempre temía que al atacar a las autoridades podría destruir la autoridad, en la cual se basa toda la sociedad], y sin embargo juzgaba que “puede hacer provecho en hablar de las malas costumbres a las mismas personas que pueden remediarlas” [362].

En nuestros días, esto quiere decir que es apropiado hacer pública una situación escandalosa, si no hay otra forma de corregirla. Ignacio creía que si nuestro amor a Cristo, inseparable del amor y solidaridad con la Iglesia su Esposa, nos mueve, después de la oración y discernimiento, a hablar, el resultado siempre será constructivo. Debemos tener cuidado de que la denuncia de mala conducta, sea política o social, se haga siempre con referencia al acto salvífico de la Encarnación. En el tercer punto de la meditación sobre la Encarnación [108], Ignacio nos invita a mirar la acción destructiva de la humanidad en relación con el acto salvífico querido por la Trinidad. La crítica debe hacerse con referencia al misterio de la Iglesia salvadora y movido por el respeto y amor actual hacia la personas o personas implicadas. Debemos

*este dicho bien conocido
deja estupefactos a
muchos pero cuando
celebramos la Eucaristía...*

también tener en cuenta al común pueblo de Dios [362], que, mal preparado y sin formación suficiente, puede ser inducido a error por nuestra crítica [367]. Siempre es fuerte la tentación de destacar tanto un aspecto de la vida eclesial hasta llegar a considerarla como algo absoluto. Así Ignacio, hablando de una controversia de su tiempo, dice que el poner excesivo énfasis en la gracia, “engendra veneno para quitar la libertad” [369]. De la misma manera una proclamación de fe puede socavar el diálogo interreligioso y ecuménico, y la promoción de la justicia puede afectar a la inculturación. Deberíamos seguir las recomendaciones de Ignacio en las reglas, “gran prudencia es necesaria en nuestra manera de hablar y de enseñar estas materias”, presentando puntos de vista equilibrados, y no sacando de contexto la enseñanza de la Iglesia [366]. Vemos que Ignacio está convencido de que poner demasiado énfasis en la gracia puede producir un efecto no deseado: debilitar la fe del pueblo.

Por esta razón, al fin de los Ejercicios, Ignacio dice que “sobre todo se ha de estimar el mucho servir a Dios nuestro Señor por puro amor” [370], vivido con el Hijo de Dios en la espiritualidad encarnada del siervo que reconoce sus pecados y, a pesar de ellos, sabe que está llamado a ser hijo con el Hijo. Esta vivencia del Espíritu nos ayuda a mantener en equilibrio realidades contradictorias como temor y amor, justo y pecador, hijo y siervo, las luces y sombras de la Iglesia. Creemos que “entre Christo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas” [365]. Este Espíritu que une en amor al esposo y a la Esposa es el Espíritu Santo que nos conduce a través de los Ejercicios y a través del proceso de discernimiento. Y que nos hace pueblo espiritual y pueblo de la Iglesia. Ignacio nos aduce el ejemplo sorprendente de una situación, donde, inspirados por lo que parece un ángel de la luz [332, 1], estamos convencidos que algo es blanco, pero por nuestra fe en el Espíritu que habita en la Iglesia aceptamos verlo como negro porque la Iglesia Jerárquica así lo dice [365]. Este dicho bien conocido deja estupefactos a muchos en esta época de la razón y de la ciencia,

*...vemos el pan y el
vino pero creemos
que son el Cuerpo y
Sangre de Cristo*

pero cuando celebramos la Eucaristía , ese gran signo del amor de Dios [289,5], vemos el pan y el vino pero creemos con la Iglesia que son el Cuerpo y Sangre de Cristo. ¿No es acaso el “buen” Espíritu, quien a través de la experiencia de los Ejercicios ha hecho mi fe más profunda en la unión del ser racional capaz de sentir y razonar, que es mi persona completa, con el cuerpo de Cristo que es la Iglesia?

He intentado sugerir que las reglas, “sentire cum Ecclesia”, son hoy tan importantes en la vida de la Iglesia del Concilio Vaticano Segundo, como lo eran en la vida de la Iglesia en tiempos de san Ignacio, en los tiempos del Concilio de Trento. Son una ayuda para vivir el misterio de reconciliación. que es el misterio de todo discípulo. Durante la cuarta semana, el Señor nos lleva al oficio de consolador hacia nuestros hermanos y hermanas del mundo. Los Ejercicios no nos dejan “mirando al cielo” [312, 4] sino que nos invitan a continuar nuestro camino de discernimiento con oración. Con corazones abiertos y generosos, nosotros damos a Dios toda nuestra libertad, memoria, entendimiento y voluntad, y queremos que Él disponga de todo lo que tengo según su voluntad. Aceptamos deponer nuestro juicio [353], para “en todo acertar” [365, 1] en el servicio de la verdadera esposa de Cristo, Señor nuestro, nuestra santa Madre la Iglesia jerárquica, en el único y mismo espíritu de amor.

Traducción: Francisco de Solís, S.J.
5 marzo del 2004.